COMENTARIOS ESTADISTICOS

I

Nada tiene de extraño que el Gobierno no haya organizado aún un buen servicio de Estadística, en todo el tiempo, ¡cuán largo es!, en que se viene reconociendo la indiscutible necesidad de este servicio público, cuando los particulares no han ido más lejos en el asunto. El Gobierno, no sobra repetirlo, no es sino un reflejo de la vida individual y social, y es claro que allí donde no hay luz tampoco hay reflejo. Fuera el Gobierno el único rezagado en un movimiento general del empleo de la Estadística en el manejo de la multitud de negocios que está a su cargo, y no se haría esperar el ver incorporado al manejo de la cosa pública el empleo de tan admirable instrumento.

Y es que todo el mundo habla de Estadística, y son pocos los que la emplean. Es una ciencia o un arte de que todos pretenden estar enterados, mas bien pocos son los que fundan en ella sus cálculos, sus previsiones o sus disposiciones. Ni aun el manejo de los negocios de importancia ya dejando una traza de Estadística, se desaprovecha este método de llevar la claridad y la evidencia a los negocios; los encargados de prever y de pro-

veer confían más "en las cuentas de los dedos" que en esas filas de números que hablan y dicen la verdad de las cosas; que el juicio se forma ante todo, fundándose en la observación, y el mejor, el único modo de observar cosas contables es la observación numérica. Y así viene a resultar que la gerencia de los negocios va quedando en manos de aquellas personas que suplen el juicio científico con el "juicio" que sólo da la madurez de la vida, cuando ya el hombre ni cree, ni espera, ni duda, ni obra; cuando el cerebro es un nido de prejuicios y de preocupaciones, tal vez de desengaños; y cuando la virtud sobresaliente del hombre de acción, la iniciativa, va caducando y desapareciendo. Hermoso tributo a la rutina, exuberante florescencia de la ignorancia.

Mas la falta de Estadística en la industria privada no afecta solamente a la industria misma, afectando el país entero, sino que con ese pecado original nacen las industrias por venir, porque siempre fue ley ineludible que lo de mañana se derive de lo de hoy: porque el proyecto de una industria que se quiere establecer no es sino una hipótesis, una serie de previsiones que han de tener algún fundamento más sólido que el buen ojo y el "buen sentido" del que pretende incubarla. El porvenir, en industrias, como en todo, arranca del pasado, es una línea imaginaria cuyos puntos desconocidos se presumen, de acuerdo con otros conocidos ya, casi siempre por medio de la observación. Y es pasarse de machacón repetir que la observación de cosas o fenómenos ponderables se hace contándolos o midiéndolos, que es lo que hace justamente la Estadística, que, en resumen, no es otra cosa que la observación numérica de los hechos.

En la industria minera, por ejemplo, pocos son los que llevan dentro de su cartera cifras siquiera promediables de los costos de las operaciones. Se va montando un molino en cuanto se encuentra la primera "piedra" que dé pinta de oro, sin más anteproyecto; de aquí la enorme cantidad de capital que consumen las minas, y los fracasos industriales de todo género, que van quedando como otros tantos precedentes pesimistas que embarazan el adelanto del país.

Si son pocas las empresas mineras que llevan una Estadística completa y capaz de ofrecer en un momento dado guarismos sintéticos de importancia, son también muy escasas las que, teniéndolos, se resuelven a darles publicidad. Indiferencia es, que no me atrevo a llamar egoísmo, de pésimas consecuencias para quien la sufre, pues en este caso el "do ut des" se impone. ¿Cómo esperar que los demás den, si cada cual no da lo suyo?

Pienso en esto al examinar por la centésima vez unos cuadros estadísticos referentes al grupo de minas que se conocen generalmente en el país con el nombre de "El Zancudo", y pienso que si otras entidades publicasen datos semejantes, resultaría para todos una evidente utilidad en la comparación de tales datos. Al mismo tiempo verá el lector, por la lectura de tales cifras, la gran potencialidad de estas minas que vienen dando al mercado grandes cantidades de oro y de plata, desde que D. Luis Girardot las descubrió.

Entiendo que fue la parte alta de la mina de Chorros la que descubrió el padre del héroe del Bárbula, y como en ese tiempo se trabajaba con elementos tan deficientes, se contentarían con lavar, como oro corrido, en los afloramientos. Andando el tiempo, y ya con maquinaria adecuada, perforó D. Carlos de la Cuesta un pozo de casi una cuadra de profundidad, aplomo, el que se terminó en 1898, dando por resultado el hallazgo del filón que en la Otra mina se elaboraba ya. Desde 1899 empezó a explotarse la mina que se llamó de Altos Chorros, hasta ahora, que ya casi se termina el filón conocido.

De 1899 á Diciembre de 1916 se han extraído de esa mina 77,112 toneladas de mineral. De ese mineral se han extraído en los molinos 2,485-3 kilos de oro en polvo, o sea, redondeando números, dos y media toneladas de oro en polvo. Claro que el contenido de cada tonelada es muy variable, pero promediando (este es el caso en que el promedio da una idea general verdadera) resultaría que a cada tonelada se le han extraído 32 gramos de oro. Sin embargo, el promedio, con sus violentas igualaciones, no permite que nos formemos una idea completa, porque omite ciertos detalles: en un principio esta mina dio 60, 50, 40 gramos por tonelada; en el año pasado cada tonelada no produjo sino 13½ gramos de oro.

Las dos toneladas y media del oro extraído fueron avaluadas en $ 1.081,659, oro inglés, dato que permite afirmar que cada tonelada produjo en promedio $ 14, lo que es un dato valiosísimo, siendo como es el resultado de 18 años de trabajo, y un resultado exacto.

Pero más valioso todavía es el dato del costo. En los 18 años se gastaron en producir el resultado ya dicho $ 430,363-6 oro inglés unas veces, oro legal otras, que al fin y al cabo vienen siendo casi iguales. De suerte que cada tonelada mineral ocasionó un gasto de $ 5-58. Sin embargo, aquí es donde verdaderamente caben quejas contra la tendencia igualitaria del promedio. Para dar una idea exacta de las variaciones del precio de costo, tengo que aprovechar el dato anual, lo que me servirá para hacer otras consideraciones.

Años.	*Costo por tonelada.*
1899	13.61
1900	2.82
1901	3.35
1902	9.82
1903	9.22
1904	8.25
1905	6.70
1906	5.98
1907	9.23
1908	5.62
1909	8.29
1910	4.99

Años.	*Costo por tonelada.*
1911	5.08
1912	5.54
1913	3.93
1914	4.52
1915	4.08
1916	3.62
Promedio específico	5.58

Vale la pena una explicación. Véase la depresión del precio de costo en los años de guerra de 1900 a 1902, y dígase si esto no fue el tributo involuntario que las anomalías del cambio impusieron al trabajo del país, en beneficio del capital. En seguida obsérvese que a contar de 1910 en adelante disminuye de modo considerable el precio de costo. Es que en ese año se reemplazó el antiguo pozo vertical de extracción de minerales, con sus calderas, malacates y bombas de vapor, por un túnel de 350 metros que sirve para drenar la mina y transportar los minerales y peñas, al amor de la gravedad.

Ese túnel costó unos $ 10,000, es decir al rededor de $ 30 por metro, y se pagó en menos de dos años. Finalmente, el último precio de costo es de $ 3-62, economía que resultó no de extorsionar al obrero, sino de dirigir y emplear bien el capital con mutuo provecho.

Si no hubiera una ausencia casi absoluta de datos semejantes en Colombia, exactos y ya publicados, sería curioso ver cuántas minas hay en Colombia de una riqueza tan sostenida como ésta, y cuántas son las que administran su explotación de modo tan científico que les resulte un costo menor por tonelada.

II

Provoca ahora ver el conjunto de esta, para nosotros colombianos, grande organización que es la Sociedad de Zancudo. Voy a ser un poco indiscreto, pero como juzgo que el silencio y los claro-oscuros jamás fundaron nada, la discreción resulta contraproducente. En los Estados Unidos y en Europa cada compañía publica sus datos semestral o mensualmente, en los periódicos de índole adecuada, y allí se ven todos los triunfos, pero también todos los fracasos y flaquezas: la verdad en suma, porque esa sí es creadora a la corta o a la larga.

Me referiré a los 10 años comprendidos de 1907 a 1916 inclusive, en que los datos son más claros y precisos.

En tal período se han extraído y elaborado 251,727 toneladas de minerales de oro y plata, o sean cerca de 2,000 toneladas mensuales, que una buena mina de los Estados Unidos o del Transvaal elabora en un día, y que a lo sumo elaboran en un año el 90% de las minas colombianas.

De esa elaboración han resultado metales preciosos por valor de $ 2.765,732: la cuarta parte del oro necesario para cambiar todo el papel moneda del país.

Y si se tiene en cuenta el enorme tonelaje, la montaña de mineral de que ha sido extraído todo ese metal, resulta el producto minúsculo: $ 11 por cada tonelada. Otra cosa es ver el ajetreo que tiene cada pedruzco de esos.

Y otra cosa es ver cuánto cuesta para no deslumbrarse con el producto. Los gastos de elaboración en los diez años ascienden a $ 2.091,020; una montaña de papel, para los que acostumbran hablar en papel moneda. ¡Doscientos nueve millones!

Esas cifras, en papel o en oro, ofuscan: lo que da la realidad es el costo por tonelada, o "prix de revient" de los franceses: $ 8-28 en promedio, siendo de advertir que la serie de costos comenzó con $ 10-90 en 1907 y va disminuyendo de modo lisonjero hasta terminar en $ 7-09. Esto último no parecerá a muchos demasiado bajo; habrá muchas minas en Colombia que gasten sólo eso en elaborar cada tonelada. Pero los términos no son comparables. El precio de costo es relativo a la "eficiencia" del tratamiento. Gastar $ 7 en machacar el mineral y en lavarle malamente el oro que tenga costaría bien poco en una empresa bien organizada, dejando ahogar mucho oro libre, y mucho metal precioso que vaya envuelto en las piritas, que se dejan correr al arroyo. En el Zancudo, al sacar el oro libre apenas ha comenzado el tratamiento: hay que concentrar, fundir sulfatar, cianurar, clorurar, etc. Estas solas operaciones cuestan ahora a $ 10 por tonelada, pero en 1907 costaban a $ 20 por tonelada. Si no fuera por esto, si el tratamiento fuera el ordinario que se da en Colombia, el "prix de revient" no pasaría de $ 4, por tonelada, y entonces sí podría preguntarse: ¿cuántas minas en Colombia podrían decir lo mismo?

Aquí es justo hacerle honores a la tierra: en este precio de costo bajo entra por mucho la "tierra", es decir, el agua. Porque todas estas operaciones en que se emplean 120 pisones y otras máquinas, se hacen con la fuerza del agua, que, según el decir popular, trabaja de día, de noche y los domingos sin cobrar nada. Otra cosa es ver el trastorno de un verano, cuando el Padre sol resuelve recalentar la tierra sin dejar llover. En 1914, el año más seco de los últimos tiempos, hubo necesidad de quemar 770 toneladas de hulla para triturar 5,300 toneladas de mineral, y como la hulla puede computarse al precio mínimo de $ 3-00 la tonelada, puesta en la caldera, el solo ítem de la hulla costó en una sola mina cerca de $ 2,310 en el año, sin contar mecánicos, reparaciones ni amortización del tren de vapor. Y si para mover 24 pisones hubo necesidad de gastar 2,310 en el año en carbón ¿cuánto costaría reemplazar por carbón la hulla blanca que trabaja en mover 120 pisones y demás máquinas?

Y ya que de carbón se trata, conviene consignar datos sobre este elemento, que se extrae en no pequeña escala para su empleo en la fundición y otros menesteres. En los diez años aludidos se extrajeron y emplearon 123,800 toneladas de hulla, que ocasionaron un gasto de $ 120,631, no solamente en su extracción, sino en transportarlas a la fundición, que queda a un

kilómetro de las carboneras. Ese gasto total corresponde a un costo de cerca de un peso por cada tonelada de hulla, dato que también convendría compararlo con otros semejantes si los hubiese.

Del reguero de cifras que tengo a la vista podría destacar algunas utilísimas.

Las 251,727 toneladas elaboradas en los 10 años ocasionaron un gasto en útiles, materiales extranjeros, reposición e instalación de nuevas máquinas, que ascendió a $ 388,090, o sea a razón de $ 38,809 anuales. Esto de los útiles también ha tenido su decrecimiento lisonjero, pues de $ 67,235 gastados en el año de 1907, rebajó el gasto a $ 27,546 en el año pasado. La moraleja es clara; el gasto en útiles en una mina, es un campo ilimitado de manejo eficiente.

El gasto en útiles, materiales y desgaste de máquinas resulta ser de $ 1-56 por tonelada. Esto sería muchísimo menor si no se diera a los minerales un tratamiento tan completo, pues si de la cifra anotada como gasto total en útiles deducimos lo gastado en la fundición en los mismos items o sean $ 181,407, resulta gastándose justamente la mitad, o sea $ 0-75 por tonelada, por concepto de útiles y materiales.

Finalmente, y para no cansar más al lector, voy a satisfacer su justa curiosidad, dándole unos detalles, tomados siempre sobre la base de la explotación en los diez años pasados:

Para extraer una tonelada de mineral se han gastado, en promedio: un tercio de libra de dinamita; tres fulminantes y un tercio; cuatro pies y medio de mecha de seguridad y cinco céntimos de kilo de acero de taladro. El ajetreo necesario para obtener y elaborar hasta su faz final 100 toneladas de mineral gasta nueve palas de buena calidad.

Y no más. No más, porque considero que estos datos son suficientes para dejar perfectamente mareado al lector.

ALEJANDRO LÓPEZ, I. C.

(De *El Correo Liberal* de Medellín.)